

Sea que la fuerza aérea aliada concluya con las bases de lanzamiento y ~~los~~ depósitos de los aviones sin piloto, sea que esta creación nazca logre permanecer y llegar a producir grandes o pequeños daños en las ciudades inglesas, no debe ignorarse ni olvidarse que el objeto de esta arma va más allá del meramente militar. Su objeto es exclusivamente moral, es decir, no se trata ya de dañar fuentes de producción o instalaciones ofensivas o defensivas, no: se trata de dañar cualquier cosa o de dañar todo, sin distinción de lo que sea; la cuestión es herir, por medio de ~~una~~ ^{una} destrucción sin discriminación, la moral del enemigo, pero no su moral militar sino su moral humana. No importa que ese enemigo sea soldado o pastor protestante, obrero o rentista, genio o babieca. No importa, tampoco, que sea o no inglés o norteamericano: basta con que viva en las islas británicas.

El soldado o grupo de soldados que lanza al espacio un avión sin piloto, una bomba volante, ~~no sabe en qué parte precisa caerá; sabe, nada más, aunque sólo aproximadamente, la distancia que recorrerá. Cuando el combustible calculado se termine, el avión inclinará la pesada cabezota y caerá, caerá sobre un cuartel, sobre una iglesia, sobre un hospital, sobre un hangar, sobre una casa, sobre un montón de paja o sobre el desnudo suelo. ¿Qué más da? Lo importante es que estalle y mate o no, pero, antes que nada, que aterrorice.~~

No pondríamos la mano al fuego por la fuerza aérea aliada; más de una vez, seguramente, sus aviadores dejaron caer bombas al azar, en lugares en que no había objetivo militar alguno y con el sólo objeto de aterrorizar a la población; pero, aun así, y admitiendo que esas bombas hayan muerto a mucha inofensiva gente, el hecho tiene, desde un punto de vista humano -- infrahumano, si ustedes quieren --, si no una justificación, por lo menos algo que lo mantiene aun dentro de los límites de lo que el hombre puede, aunque difícilmente, aceptar: esas bombas eran lan-

zadas por hombres y esos hombres exponían sus vidas. Había sangre arriba y sangre abajo: era un hecho humano -- infrahumano, si ustedes quieren.

El avión sin piloto lleva esta guerra a un punto en que se pierde ya todo sentido humano, a una guerra fría, mecánica, automática, de helada e impersonal crueldad, a una guerra en que el hombre recurre a armas que demuestran precisamente lo que quiere ocultar: que no confía ya en sí mismo ni en las esperanzas o ambiciones que un día tuvo. Derrotado, no le queda más que la muerte propia y la ajena, Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©